falso nombre de *hijos del pueblo,* los que vosotros quereis adormecer con palabras, á los que creeis poder contentar con palabras bonitas, con discursos de relumbron; como si con las palabras se comiera, como si las palabras mataran el hambre.

Vosotros los habeis metido en vuestro seno sin considerar que esos pobres soberbios é impíos, que tienen todos los vicios de los pobres y de los ricos, y aun más repugnantes, no son el pueblo, sino la hez de la sociedad. Pensásteis adormecerlos con palabras cabalísticas como los encantadores á las serpientes. Si no hubieran de morder sino á vosotros, os diriamos aquello de la Escrituras:—*¿Quién no se reirá del encantador á quien mordiere la serpiente?*

Augusto La Serre, en su precioso libro intitulado *Los sofistas y las culebras,* tiene una preciosa observacion sobre esto. Dice «que Luis Felipe tenia aficion á cebar estas culebras, y encantar á otras con la música celestial que les tocaban los economistas franceses; especie de organillos que él pagaba con este objeto; pero que llegó un dia en que unas y otras culebras *le picaron.*»

CAPITULO VI.

LA HOLGAZANERIA DE LOS FRAILES Y AUMENTO DE ELLA POR LA SOPA.—RECUERDOS JUVENILES.

A cada momento estoy oyendo decir y aun leyendo las frases siguientes:

«Los frailes eran unos holgazanes.»

«No solo eran holgazanes, sino que fomentaban la holgazanería, y contribuía á ello la sopa de un modo muy especial.»

«Los pueblos donde habia muchos conventos estaban plagados de holgazanes».

Antes de pasar á examinar lo que haya de cierto ó de falso en estas tres proposiciones, no puedo resistir al deseo de narrar un recuerdo de mi juventud. Quizá es una impertinencia, lo conozco: tentado estoy por rasgarlo despues de escrito. Pero en fin, seré breve.

Quiero referir la impresion que me hizo esta

monjes, cipreses humanos de aquel cementerio.

Un hombre que habia allí cerca viéndonos cenar, nos interrumpió bruscamente diciéndonos:

—¿Qué están vdes. hablando ahí? Esos monjes, como todos los frailes, son un par de holgazanes.

Era la primera vez de mi vida que oía esta frase, hoy tan oída y tan manoseada.

Los tres nos miramos en silencio. El haber abogado por un párroco y un farmacéutico acusados de holgazanería, pudiera habernos comprometido. Los silogismos en *bárbara* estaban entónces á la órden del dia. Aun humeaban en Zaragoza, Barcelona, Valencia y otros pueblos las ruinas de los conventos robados y quemados en gran parte para encubrir el robo; y el hermano del general O'Donnell acababa de ser arrojado vivo á una hoguera en Barcelona, por los enemigos de Torquemada.

—¿Dónde está la biblioteca de Huerta?

Preguntádselo á los comerciantes de los pueblos inmediatos, que con ellos han envuelto especias.

—¿Dónde están los ricos cuadros?

El desecho de ellos buscadlo en el instituto de Soria.

—¿Dónde están los sepulcros de los ascendientes de Medinaceli, y las bellezas del monasterio?

Se quemaron en un incendio *casual*.

Me preguntarán vds., y con razon, ¿pero y á qué viene todo esto?

Voy á concluir evocando otro recuerdo.

Por el mes de Marzo de 1867, al pasar el tren del ferrocarril á pocas leguas de aquel sitio, un hombre perseguido por numerosos acreedores y encausado en el juzgado de primera instancia, se tendió voluntariamente sobre los *railes* (no quiero llamarlos *rails*, por la misma razon que no digo los *fusils*), á fin de que le partiese la locomotora, á la cual no pudo detener á tiempo el maquinista.

Era el primer hombre á quien oí decir en mi juventud, por primera vez, *que todos los frailes eran holgazanes*.

—Pero, ¿y qué tenemos con eso? ¿acaso todos los que dicen lo mismo se han suicidado? ¿Acaso aquel infeliz se suicidó por eso?

Es cierto que no; pero tambien es cierto que despues he podido observar que aquel suicida era un santo con respecto á otros muchos á quienes he oído asegurar que todos los frailes eran holgazanes.

Como luego tiene que venir un capítulo acerca de la gran laboriosidad de muchos de los que hoy tienen coche á costa de lo que fué de los conventos, y las grandes mortificaciones y austerida-

des que en el Teatro Real y Recoletos, en Paris y en Biarritz, en los casinos y otros parajes análogos practican ellos y sus familias, entónces volverémos á este punto.

Entremos ya en materia.

§ VII.

LA SOPA DE LOS CONVENTOS FOMENTABA LA HOLGAZANERIA.—LOS PUEBLOS DONDE HABIA FRAILES ESTABAN PLAGADOS DE HOLGAZANES.

Consecuencias. Luego donde no habia conventos no habia holgazanes.

Luego donde quiera que habia holgazanes habia conventos.

Luego así que se acabó con los conventos se acabó con la holgazanería en España.

Estas son tres aserciones que debian desprenderse de esa premisa si fuese cierta y exclusiva. Si habia holgazanes en donde no habia conventos, no eran los conventos la causa necesaria de los holgazanes. Eran muchos los pueblos donde no habia convento alguno, y con todo, en ningun pueblo faltaban ni faltan holgazanes.

Habia holgazanes de coche que no iban á la

sopa, y esta holgazanería, la mas cara de todas, no era fomentada por los conventos.

Los pueblos fabriles mas laboriosos, las provincias mas industriales (entre ellas Cataluña, reputada siempre como el país mas trabajador de España) abundaban en conventos.

Desde que se suprimieron los conventos se han multiplicado en España los holgazanes, y la holgazanería, y los centros de holgazanería, que son los cafés, teatros, tabernas, casinos y aun las peluquerías. Cuéntense las tabernas que habia entónces y las que hay ahora; las botillerías de entónces y los cafés de ahora.

Cuéntense las plazas de toros que habia entónces y las que hay ahora, y cada plaza de toros es un foco de holgazanería, ferocidad, inmoralidad y desprestigio de la autoridad.

Vamos aquí á presentar varias observaciones económicas acerca de la holgazanería antigua y moderna en España, clasificando á ésta en dos grupos distintos, á saber: 1.º holgazanería de levita y la consiguiente plaga de los mendigos de levita: 2.º holgazanería de chaqueta y mendicidad forzosa: pauperismo que trabaja y pauperismo hijo de la holgazanería.

Hecha esta clasificacion precisa é indispensable y analizados sus elementos integrantes, voy á demostrar que la sopa de los conventos no solamen-

acusacion de holgazanería la primera vez que la oí lanzar contra los frailes.

Era una noche de Setiembre de 1835, cuando en pobre vehículo viajaba de Aragon á la Universidad de Alcalá de Henares: el estado de los caminos era inseguro, y las facciones, que cruzaban á veces aquella carretera, salteaban las diligencias y quizás perdonaban á los carruajes mas modestos. Frente al parador donde posábamos los escasos y humildes viajeros, se levantaba un monasterio suntuoso de los mas célebres y antiguos que la Orden cisterciense tuvo en España.

Su severa fachada, semejante á los cíclopes de la fábula, solo tiene un ojo en la frente: es (porque todavía existe convertida en humilde parroquia) un gran roseton, al que de noche servia como de pupila una lámpara que alumbraba al Santísimo. El viajero la veía de léjos y le servia de faro, miéntras que ya mas próximo, oía la pausada salmodia que á media noche levantaba al cielo la plegaria del monje en medio de aquel desierto, apénas interrumpido por el murmullo de las aguas, escasas y lentas del Jalon, y el susurro del aire entre los álamos y cipreses que rodean el monasterio.

Allí el viajero halló gratuito hospedaje, hasta que el mayor movimiento de nuestro siglo hizo abrir en 1826, aquella tan útil carretera de Madrid á Zaragoza. Aquellos monjes, siguiendo el espíritu de la época, construyeron junto á esta carretera un magnífico parador, bien distinto de las ventas que pintó Cervantes.

Tres jóvenes que viajábamos en la galera, y deseábamos ver el monasterio, salimos de la venta y fuimos á visitarlo. Un anciano monje, que hacia de párroco, nos recibió con gran amabilidad, en compañía de otro ex-monje jóven, que tenia á su cargo la botica. A la luz de dos faroles vimos los sepulcros de San Sacerdote y de nuestro primer historiador y cronista, el inolvidable D. Rodrigo Jimenez de Rada: aun logramos ver el soberbio cuadro del martirio de San Estéban y otros de primer órden, tanto en la iglesia como en la sacristía.

Los dos monjes nos acompañaron á nuestro regreso hasta el parador: el anciano hablaba correctamente el frances con uno de los viajeros que habia estado en Francia muchos años, y al describirnos la biblioteca, que constaba de 14,000 volúmenes, nos acreditó que la tenia bien conocida.

Durante la cena giró la conversacion sobre lo que habiamos visto; y con juvenil franqueza, con la intimidad que produce un viaje pesado é incómodo, hablábamos de la cariñosa acogida que nos habian hecho aquellos dos pobres y solitarios

011874